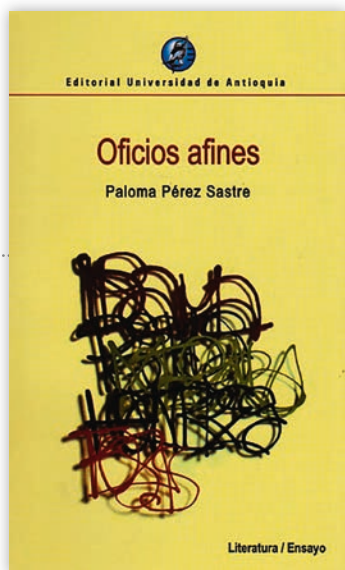


El oficio de la observación



Oficios afines
Paloma Pérez Sastre
Editorial Universidad de Antioquia
Medellín, 2016
135 p.

Paloma Pérez Sastre, profesora de la Universidad de Antioquia, es la autora del libro *Oficios afines*, publicado en 2016 por la editorial de la misma universidad. También es autora de *Antología de escritoras antioqueñas, 1919-1951* (2000) y *Como la sombra o la música* (2007), y es editora y prologuista de los libros *Impresiones de viaje* de Isabel Carrasquilla (2011) y *Cuentos y crónicas* de Sofía Ospina de Navarro (2007). Además, es colaboradora de la *Revista Universidad de Antioquia*, en la cual ha publicado los artículos que conforman *Oficios afines*.

El tono ligero de estas notas viene acompañado de los hallazgos inteligentes de quien observa la realidad con el doble sentido de querer sacarle provecho. O, dicho de otra manera, con la seguridad de que la realidad no es simplemente lo que uno ve, que hay detrás de ella otro sentido, una superficie que, sin dejar de serlo, esconde otro relato. Como dice María Zambrano en uno de los epígrafes que encabeza uno de los artículos: “Es múltiple la imagen siempre, aunque sea una sola”.

Paloma Pérez casi siempre se hace objeto de esa realidad simple a que la vida quiere someternos a menudo, pero en ella se agazapa otra, la que observa y escribe (la que observa para escribir), aunque su rostro no sufre mayores transformaciones. Actúa de manera natural, se deja llevar por los acontecimientos, como si fuera una más de las personas que van y vienen en el flujo interminable de los quehaceres y rutinas del día a día.

La primera de las notas está fechada en 2006 y la última en 2015. Y son treinta y ocho en total. Se habrá notado ya que digo notas, y no ensayos ni columnas ni artículos de prensa. Notas. Ese nombre me parece menos pretencioso. Además me queda claro que no tienen nada que ver con los artículos de prensa ni con las columnas de periódicos o de revistas, que están sujetos (están obligados, es más justo decir), casi siempre, a los vaivenes de la realidad política o social del país. Si no, no sirven, en los periódicos y en las revistas no los quieren, necesitan lectores que, a su vez, necesitan las opiniones de los columnistas o de los articulistas para hacerse un concepto del devenir de la política, necesitan de los opinadores de casi todo lo que dicta la actualidad. Y por eso hay columnistas de periódicos y de revistas que sobresalen porque son estrellas, porque mucha gente los sigue, opina como ellos; ellos dicen lo que la gente quiere que digan. Unos son mejores que otros, vale decir, pero todos están atados a los políticos, a los crímenes de los políticos, a las penurias del país, a los desfalcos de los bancos, a las corruptelas de los funcionarios o de los empresarios, a las últimas medidas de los alcaldes o de los gobernadores o de los presidentes.

En estas notas de Paloma Pérez, que tienen magníficos referentes —o al menos algunos de los que se me vienen a la cabeza son magníficos—, como Elias Canetti, Alejandro Rossi, Julio Ramón Ribeyro o Germán Arciniegas, no se ve ninguna obligación de ser ni brillantes ni conclusivas con nada. Las acompaña el solo deseo de mostrarnos unas realidades comunes (a veces las imágenes de un viaje, las travesuras de unos gatos amados y caseros, las impresiones contradictorias de una ciudad, las curiosidades de una lectura determinada de una escritora que no conocíamos, o la comparación de un oficio de entrecasa con el elegido destino de escritora, etc.), aunque, como dije al principio, el lector termina detectando que la observación que acaba de leer pertenece a otro orden, distinto al del simple registro de una situación o una realidad determinada, o al de la opinión que quiere ser muy inteligente y muy crítica y que se ocupa, para que valga la pena, de temas

realmente “trascendentales”. No, aquí, cuando más, existe una suerte de coletilla que remata un tema tratado anteriormente en tres o cuatro páginas; una ironía, una conclusión paradójica o una inocente coda como una joya arrojada al azar. Así, por ejemplo (y ya el lector sabrá después por qué digo lo que digo): “Me habían dicho que no mirara a los gallos, que lo interesante era la gente; que mirara las caras de la gente”, o “Las cosas se van poniendo en su sitio; está claro cuál es la especie chiflada a la que hay que temer”, o “Bueno, los muertos son un misterio. Vaya uno a saber si están en el aire, en el agua, en la tierra, o si ya los teníamos adentro”.

Y está el título, *Oficios afines*, que suscita preguntas desconcertantes porque es una frase trunca al parecer, o que requiere un contexto, dado que sugiere que esas páginas nos van a hablar de oficios parecidos entre sí, de algunas curiosidades en ese sentido. Pero hay uno solo de los artículos que nos dice claramente que hay dos oficios afines: el de lavar ropa y el de escribir. Claro que yo no voy a hablar aquí de eso, no voy a explicar lo que la autora escribe con tanta gracia y con tanta razón, además, acerca de dos asuntos aparentemente tan alejados uno del otro. Una de las páginas más deliciosas de este libro, que no son pocas. **U**

Luis Germán Sierra J. (Colombia)

Zapatoca ¹

Silban
los chorlitos
en el cementerio
alemán

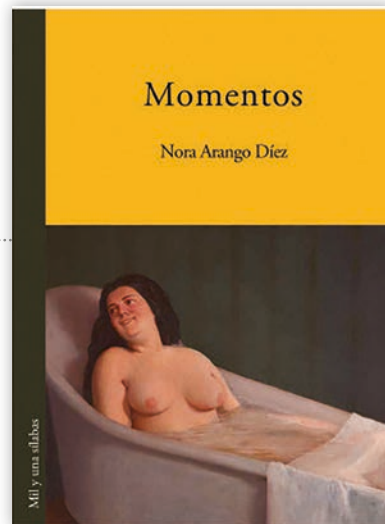
el sol
echa
un vistazo
entre
las tumbas

está viva
la belleza
en la granja
de los muertos

Gustavo Adolfo Garcés

¹ Poema publicado en nuestra edición No.327. Versión definitiva.

El lado más hondo de la realidad



Momentos
Nora Arango Díez
Sílabas
Medellín, 2016
92 p.

Cuando tuve este libro en mis manos, sin ningún antecedente sobre él, y al ver, hojeándolo, que se trataba de textos muy breves, pensé que estos podrían ser algo al estilo de los minicuentos o microrrelatos o microficciones que suelo leer en autores como Kafka o Mrosek o Monterroso, o en autores contemporáneos, dado que estos géneros hacen carrera en la actualidad, a veces felizmente. Pero al empezar a leer sus primeras páginas supe que no era eso lo que pasaba allí, sino que, más bien, era un libro a la manera de *Prosas apátridas* de Julio Ramón Ribeyro o de *Manual del distraído* de Alejandro Rossi o de *Dietario voluble* de Enrique Vila-Matas. O del mismo *Pensamientos de un viejo* de Fernando González. Es decir, que no se trataba de historias ficcionadas —cuentos mínimos—, sino de pequeños momentos (tal cual es el título) o anécdotas narradas tal y como ocurrieron. Esto último, claro, no quiere decir que dichos pasajes sean literales o que se propongan una fidelidad absoluta a la realidad o a la controvertible verdad de los hechos. El lenguaje, por supuesto, hace lo suyo.